

Padre. Damos á Dios el nombre de Padre, por tres razones: La primera, porque es Padre de todas las criaturas, no por naturaleza ni por adopción, sino por creación, y que su poder y su providencia admirable se extienden á todo. *¿No es el Señor vuestro Padre, nos dice la Escritura, y vuestro Soberano que os hizo y os sacó de la nada? ¿No es él vuestro único Padre?* La segunda, porque es Padre de todos los justos, no por naturaleza, sino por adopción. *No hemos recibido el espíritu de servidumbre, dice el Apóstol, para vivir en el temor como esclavos, sino el espíritu de adopción de los hijos de Dios, por el cual clamamos: ¡Padre mio, Padre mio!* Dios, en efecto, dice san Juan, *nos ha manifestado tal amor, que somos llamados, y lo somos realmente, los hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, que es el primogénito de muchos hermanos, y no se avergüenza de llamarnos sus hermanos*. La tercera, porque es el principio sin principio, y que desde toda la eternidad engendra á su Hijo, el Verbo divino, por quien todo fué hecho.

Sin embargo, cuando decimos que el Padre es la primera persona, no ha de creerse que reconocemos en la Trinidad algo de primero y de último, de mayor ó de menor. ¡No permita Dios que semejante impiedad penetre en la mente de los fieles! La Religión cristiana enseña que la misma eternidad, el mismo poder y la misma majestad corresponden á las tres Personas, y que no hay entre ellas diferencia ni desigualdad alguna. Toda la distinción que se conoce en ellas procede de sus propiedades respectivas: el Padre no es engendrado, el Hijo es engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede del uno y del otro. Hé aquí como confesamos y adoramos la unidad en la esencia divina, la distinción en las personas, y la igualdad en la Trinidad.

Todopoderoso. Entendemos por esta palabra que no hay nada, que es imposible imaginar nada que sobrepuje el poder de Dios. No solamente puede hacer todo lo mas difícil que es capaz de concebir la imaginación, como hacer que vuelva el mundo á la nada, ó criar en un instante otros varios mundos, sino que su poder se extiende también á cosas infinitamente mas elevadas, cuya posibilidad ni siquiera podría sospechar la razón humana. No obstante, aunque todopoderoso, Dios no puede mentir, ni dejar de ser, ni engañar, ni ser engañado, ni pecar, ni ignorar nada; cosas estas que solo pertenecen á los seres imperfectos. Así pues, al mismo tiempo que reconocemos la omnipotencia de Dios, creemos que se halla enteramente exento de todo lo que no está en armonía con su naturaleza infinitamente perfecta.

Hagamos aquí una advertencia importante: no deja de haber razones muy sábias para que el Símbolo principie proponiéndonos la om-

¹ Deut. xxxii, 6; Malach. ii, 10.

² Rom. viii, 15.

³ I Joan. iii, 1; Rom. viii, 17; Hebr. ii, 11.

nipotencia de Dios el objeto como de nuestra fe. Los Apóstoles quisieron con esto que nouviésemos ningún trabajo en creer las maravillas de la naturaleza, ni las de la gracia, cuyo abreviado relato contienen los artículos siguientes. En efecto, luego que creemos que Dios es todopoderoso, confesamos, por consiguiente, que tiene el conocimiento de todas las cosas y que todo está sometido á su voluntad. Desde entonces, por grande y elevado que sea lo que se nos proponga para creer, la razón humana dará su asentimiento sin esfuerzo para admitirlo. ¿Se trata de bienes que esperar? Nunca su grandiosidad hará vacilar la confianza del alma, y por el contrario sentiremos que nuestros deseos y esperanzas se fortalecerán con este pensamiento que es preciso recordar con frecuencia: Nada es imposible á un Dios omnipotente. Tengamos, pues, cuidado de fortificar nuestra fe con la omnipotencia de nuestro Padre, cuando en utilidad del prójimo tengamos que hacer alguna cosa difícil, ó deseemos obtener algo por medio de la oración.

El mismo Salvador nos dice estas admirables palabras para animar nuestro valor: *Si tuviéreis fe quanto un grano de mostaza, diréis á este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible*. Y para excitar nuestra confianza en la oración, nos dice por boca del apóstol Santiago: *Pero pidala con fe, sin dudar en nada; porque el que duda es semejante á la ola de la mar cuando la mueve el viento, y la trae acá y allá. Y así no piense aquel hombre que recibirá cosa alguna del Señor*.

Las demás ventajas de esta fe en la omnipotencia de Dios son: 1.º humillar nuestro orgullo é inclinarnos á la humildad haciéndonos conocer nuestra flaqueza. Así es como todo, hasta una palabra, tiende en la Religión á curar al hombre de las consecuencias del pecado, y á hacerle conforme al segundo Adán. 2.º Hacernos temer á Dios. *Mas yo os mostraré á quien habeis de temer, nos dice el Salvador; temed á aquel, que despues de haber quitado la vida, tiene poder de arrojar al infierno. Así os digo, á este temed*. 3.º Recordarnos la inmensidad de los beneficios de Nuestro Señor para con nosotros. Cualquiera que piensa en la omnipotencia de Dios, seria en el mas alto grado ingrato si no exclamara con frecuencia: *Porque me ha hecho grandes cosas el que es poderoso*.

Criador. Esta palabra significa que Dios ha hecho todas las cosas de la nada, y que puede aniquilarlas. Los Ángeles, los hombres, y hasta los demonios pueden hacer y deshacer ciertas cosas; pero no pueden hacerlas sin alguna materia preexistente, ni deshacerlas sino para re-

¹ Matth. xvii, 19.

² Jacob. i, 6.

³ Luc. xii, 5.

⁴ Ibid. i, 49.

ducirlas á alguna otra cosa. Así pues, un albañil no puede hacer una casa de nada, pues necesita piedras, cal y madera, ni destruirla de modo que la aniquile, sino simplemente reducirla á piedras, polvo y madera. Solo Dios es llamado criador, y lo es realmente, porque solo él no necesita materia para hacer sus obras.

Criador. Esta palabra no designa solamente al Padre, porque la obra de la creación es común á las tres personas de la santa é indivisible Trinidad. En efecto, si en el Símbolo aprendemos que el Padre crió el cielo y la tierra, leemos del Hijo en la Escritura: *Todas las cosas fueron hechas por él*¹; y del Espíritu Santo: *El Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas*². *Los cielos han sido asegurados por la palabra del Señor*, dice el Salmista, *y toda su belleza es el efecto del soplo de su boca*³.

Del cielo y de la tierra. Con estas palabras se entiende no solamente el cielo y la tierra, sino todo lo que encierran: los minerales, los vegetales, los animales, el hombre, los Ángeles y todas las criaturas visibles é invisibles. Se contenta con decir *Criador del cielo y de la tierra*, porque el cielo y la tierra son las dos principales partes del mundo: la una superior donde habitan los Ángeles, y la otra inferior donde habitan los hombres. Ahora bien, los Ángeles y los hombres son las más nobles de las criaturas, á quienes obedecen y se refieren todas las demás, como los Ángeles y los mismos hombres están obligados á obedecer y referirse á Dios.

Tal es la explicación sencilla y literal del primer artículo de nuestra fe. Tal vez no sospechais todo lo que de profundo encierra. Pues bien, estas luminosas palabras: *Creo en un solo Dios, criador y conservador de todo el universo*, que resplandecen al frente del Símbolo católico, son en el mundo de los espíritus lo que el sol en el mundo de los cuerpos.

Naciones de Europa, sabedlo bien, á este primer artículo sois deudas de vuestras luces y de vuestra superioridad. Decidme sino, ¿quién ha desvanecido aquella nube de divinidades absurdas que recibían el incienso de los gentiles degradados en los treinta mil altares de la Roma de los Césares? ¿Quién os libertó del dogma bárbaro de la fatalidad, que sometiéndolo á los filósofos de Grecia y de Italia bajo el yugo de hierro de un ciego destino, ahogaba en ellos el sentimiento de la libertad moral, y les condenaba á la insensibilidad estoica, ó á los horrores de la desesperación?

Y vosotros, sabios modernos, justamente orgullosos de vuestros descubrimientos, decidme también, ¿quién libertó la ciencia de la naturaleza de las innumerables cosmogonías de la Grecia y de la India

¹ Joan. 1, 3.

² Genes. 1.

³ Psalm. 104.

antigua? ¿Quién dió fin á esas vacilaciones eternas sobre el origen de las cosas, en las cuales se consumió por tanto tiempo y tan en vano el fuego sagrado del genio? Recorred con la historia en la mano la cadena de los siglos, y veréis que la ciencia se emancipó el día en que por primera vez resonó en el mundo el Símbolo católico. Su primera palabra es el pedestal de la ciencia de la naturaleza, así como de la ciencia de Dios. Y para que no lo olvideis, recordad que el siglo pasado no cayó en los errores que os dan compasión sino por haber querido hacer pedazos esta base necesaria, este punto de partida de todas las investigaciones.

Y á vosotros, hombres, cualesquiera que seáis, que padeceis y gemís en la tierra, ¿qué os diré? ¿Á quién debéis el dogma consolador de una Providencia maternal, atenta á vuestros deseos y sensible á todos vuestros infortunios? ¿Quién restableció para vosotros en la lengua humana esta palabra tan dulce: esperanza? ¿Quién, sino el primer artículo del Símbolo católico? Si lo dudáis, recordad los pueblos gentiles de la antigüedad, y ved las poblaciones idólatras de los siglos modernos. Ácese, pues, un concierto unánime de bendiciones de entre los pueblos cristianos hácia el Criador y Padre que revelándose á ellos se dignó proporcionarles tan grandes bienes. Honra para el corazón fiel al Símbolo católico; baldón para el que se avergüenza de él; desgraciado el que lo desdeña, anatema al que lo ataca.

El artículo segundo del Símbolo está concebido así: *Y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor*. Decimos: Creo en Jesucristo, como decimos: Creo en Dios Padre; porque el Hijo de Dios, Jesucristo, es Dios como el Padre. Así pues, no nos hemos de contentar con tener por cierto lo que la fe nos enseña sobre Jesucristo, sino que hemos de acompañar esta convicción con sentimientos piadosos, y es preciso que nuestro corazón se aficione á Dios, se complazca en él, y corresponda al amor que nos ha manifestado. De este modo la fe, animada por la caridad, unirá nuestro espíritu al espíritu del segundo Adán, nos hará vivir con su vida, y participar de los frutos de su redención.

En Jesucristo. La palabra *Jesús* quiere decir Salvador, nombre que no se dió por casualidad, ni por el juicio y la voluntad de los hombres, al Verbo hecho carne, sino por mandato y disposición del mismo Dios; porque el Ángel, al anunciar á María que sería Madre de Dios, le dice estas palabras: *Hé aquí concebirás en tu seno y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesús*¹.

Es verdad que varios llevaron este nombre en la Escritura, porque eran las figuras del verdadero Salvador; pero ningún otro más que Jesucristo lo realizó en toda su extensión; él y únicamente él salvó al

¹ Luc. 1, 31. — Acerca del respeto debido al nombre de Jesús, véase la *Fiesta de la Circuncisión*, t. IV.

mundo del pecado, del demonio y de la muerte eterna. El nombre de Jesús, pronunciado con fe viva, tiene la virtud de hacer inútiles todos los esfuerzos de los enemigos de nuestra salvacion, y ha de estar con frecuencia en nuestros labios y constantemente en nuestro corazon.

El nombre de *Cristo*, añadido al de Jesús, significa unguido ó consagrado. Era una ley y costumbre entre los Hebreos consagrar con el óleo santo á los Reyes, Sacerdotes y Profetas, y por esto se les llamaba los cristos ó unguidos del Señor. Esta consagracion era el símbolo de la gracia particular que Dios les comunicaba para ejercer dignamente sus funciones. El ministerio de los Sacerdotes tiene por objeto encomendar el pueblo á Dios por medio de asiduas oraciones, ofrecer sacrificios y hacerse mediadores entre Dios y los hombres; los Reyes están encargados de gobernar los pueblos, establecer y hacer observar las leyes, proteger la vida de los inocentes y castigar los crímenes de los malvados; y como estos dos ministerios parecen representar en la tierra cierta cosa de la majestad de Dios, los que se escogian para el trono y el sacerdocio debian ser unguidos ó consagrados por el óleo santo¹. Tambien se acostumbraba dar la unción á los Profetas, porque eran los intérpretes del Dios inmortal y sus embajadores, encargados de corregir las costumbres y de anunciar el porvenir. Ahora bien, nadie merecia mejor el nombre de *Cristo* que Nuestro Señor, porque es á un tiempo Rey, Sacerdote y Profeta, y la unción con que está consagrado no es una simple participacion de la gracia divina, sino la divinidad misma que mora en él.

En primer lugar es Rey, no solamente como Dios, sino como hombre revestido de nuestra naturaleza; y bajo esta cualidad le hizo anunciar su Padre al mundo: *Y reinará en la casa de Jacob por siempre, y no tendrá fin su reino*². Le dió todo poder en el cielo y en la tierra, y el mismo Salvador destruyó el imperio del demonio, que era la idolatría, salvó á los elegidos, é hizo la conquista del linaje humano, rescatando á todos los hombres al derramar su preciosa sangre. Que quieran ó no, que lo sepan ó lo ignoren, él es el que reina aun en las naciones; su reinado es espiritual y eterno, y principiado en la tierra, será consumado en el cielo.

En segundo lugar es Sacerdote. En efecto, ofreció un sacrificio al cual ningun otro puede compararse, un sacrificio del que solo eran una figura todos los de la ley antigua, y continúa ofreciéndolo todos los dias en los altares del mundo entero. Propiamente hablando, Nuestro Señor es el único Sacerdote, pues todos los demás no son mas que representantes y ministros suyos; es además Sacerdote segun el orden de Melquisedech, como lo habian anunciado los Profetas, pues se ofreció

¹ Levit. viii, 12; IV Reg. ix, 6.

² Luc. i, 32, 33.

una vez por sus propias manos á Dios su Padre en la última cena, bajo los símbolos del pan y del vino, y se ofrece aun todos los dias del mismo modo en el altar por mano de los sacerdotes.

En tercer lugar es Profeta. Habia recibido de su Padre la ciencia de todas las cosas; todos los que han sido honrados con el nombre de Profetas no eran mas que sus discípulos, enviados delante de él para anunciar al que debia dar á los hombres la verdadera nocion de los misterios de Dios: ejerció él mismo además el ministerio de Profeta, demostró en muchas circunstancias que conocia perfectamente los pensamientos mas secretos del alma y los mas recónditos sentimientos del corazon, y vaticinó con certeza acontecimientos que se verificaron al pié de la letra, como su pasion y sus principales circunstancias, su muerte y su género de muerte, y la ruina de Jerusalem y del templo. Todos estos acontecimientos, cumplidos exactamente, son la garantía del cumplimiento de los que aun no lo han sido, tales como su nueva venida á la tierra al fin de los siglos para juzgar á todos los hombres, y dar á cada cual segun sus obras.

Su único Hijo. Estas palabras nos enseñan que el Padre todopoderoso, de quien hemos hablado en el artículo primero del Símbolo, tiene un Hijo verdadero, un Hijo por naturaleza, que se llama Jesucristo, verdadero Dios como su Padre que le engendró desde toda la eternidad. Pues bien, cuando oimos decir que Jesucristo es Hijo de Dios, guardémosnos bien de representarnos su nacimiento de una manera material y terrestre, y si deseamos formarnos de él alguna idea, recurramos á la siguiente comparacion: Cuando una persona se mira en un espejo, produce en seguida una imágen de sí misma tan perfectamente semejante, que es imposible hallar diferencia alguna entre ella y la persona. En efecto, no solo le es semejante en las facciones y colores, sino tambien en la actitud y en los movimientos; y esta imágen tan perfectamente semejante se forma sin esfuerzo, sin intervalo de tiempo, sin instrumento, y súbitamente y con una sola mirada.

Así pues, debeis pensar que Dios, contemplándose á sí mismo con el ojo de la inteligencia en el espejo de su divinidad, formó una imágen exactamente semejante á sí mismo, y habiendo dado Dios á esta imágen la realidad de todo su ser, lo cual no podemos hacer nosotros mirándonos en un espejo, resulta que esta imágen es verdaderamente el Hijo de Dios, mientras que las imágenes de nosotros mismos que formamos en un espejo no son nuestros hijos. De esta suerte se ve como el Hijo de Dios es Dios como el Padre y un mismo Dios con el Padre, pues tiene la misma sustancia que este, y se ve además que siempre ha existido lo mismo que el Padre, pues fué engendrado por la sola contemplacion que Dios hace de sí propio, contemplacion que como él es eterna³.

³ Belar. *Dottr. crist.* pág. 22.

Creemos, pues, con fe firme y honremos con devoción profunda el misterio por el cual Dios el Padre engendra al Hijo desde toda eternidad; misterio que, á pesar de todas las semejanzas, permanece superior á la razón y debe arrobarnos de admiración como al Profeta: *¿Quién podrá, exclamaba, contar su generación?* Creemos afortunadamente, y bajo el testimonio del mismo Dios, que el Hijo es de la misma naturaleza que el Padre, que tiene el mismo poder, la misma sabiduría y la misma eternidad, según esta explicación más extensa del concilio de Nicea: *Y en Jesucristo, su único Hijo, nacido del Padre antes de todos los siglos. Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado y no criado, consustancial al Padre, por quien todo fué hecho.*

Jesucristo es llamado Hijo único de Dios, porque es el único verdadero Hijo suyo. Nosotros somos hijos de Dios, pero solo es por adopción, es decir, por la elección de Dios y por gracia, en tanto que Jesucristo es verdadero Hijo de Dios por naturaleza, y es el único que lo sea así.

Nuestro Señor. Jesucristo es Nuestro Señor ó nuestro Soberano: 1º. como Dios, porque nos crió y nos conserva; 2º. como hombre, porque nos rescató, y á subido precio, y el Padre le dió todo poder en el cielo y en la tierra; 3º. como Hombre-Dios: esta unión admirable de la naturaleza divina y la humana en una sola persona le haría nuestro Mesías aunque no hubiera muerto por nosotros, pues por ella es Dueño soberano de todas las criaturas en general, y especialmente de los fieles que le están unidos como los miembros á su cabeza, como los hijos á su padre, y como los discípulos á su maestro, porque de Jesucristo hemos tomado nuestro nombre de cristianos. Nos hemos puesto, pues, bajo su ley en el día de nuestro bautismo, y le hemos jurado una fidelidad eterna.

Así pues, pertenezcamos á Jesucristo más aun que un criado, que un esclavo á su amo, y un hijo á su padre. Sin embargo, un Señor tan poderoso nos trata con tanta caridad, que se digna darnos, no el nombre de esclavos, sino los dos nombres de hermanos y amigos. Hé aquí una de las razones más justas, y aun ignoro que las haya más justas, para obligarnos á reconocerle, respetarle y honrarle como á Nuestro Señor.

Los dos primeros artículos del Símbolo nos enseñan que procedemos de Dios y que pertenecemos á él de un modo enteramente especial. ¿Á qué sublime virtud no es capaz de elevarnos esta sola palabra bien comprendida! Un emperador romano tenía un magnífico ciervo que habían conseguido domesticar; objeto de las caricias y del afecto de su amo, este hermoso animal vivía en el palacio, á donde

¹ Isai. LIII, 8.

volvía todos los días después de haber visitado las selvas inmediatas; mas, temeroso el emperador que en las correrías que hacía fuera del palacio le persiguiese ó hiriese alguno, mandó grabar sobre un collar de oro que le pusieron estas palabras: *No me toques, pertenezco á César.* — Nosotros procedemos de Dios, pertenecemos á él, somos su propiedad, nos ha marcado con su sello; nuestra alma y sus facultades, nuestro cuerpo y sus órganos llevan la señal de su divinidad, y en una palabra, brilla en todo nuestro ser esta inscripción sagrada: *No me toques, pertenezco á Dios.* Sepamos respetarla en los demás y hacerla respetar en nosotros mismos, no dejándonos seducir por los malos ejemplos, ni arrebatar por las pasiones, ni reducirnos á la esclavitud por el espíritu de malicia, que es el enemigo de Dios y nuestro principal enemigo.

¿Qué dirémos ahora de las ventajas de que el mundo es deudor al artículo segundo del Símbolo? Aunque solo las considerásemos bajo el aspecto intelectual, necesitaríamos volúmenes enteros para exponerlas. Las sociedades cristianas deben á la fe en este artículo segundo, es decir, en la revelación que Dios nos hizo de Jesucristo, sus nociones tan justas sobre Dios, sobre el hombre, sobre el mundo, y sobre las relaciones entre superiores é inferiores. En efecto, Jesucristo es la última palabra de la ciencia de Dios, de la del hombre, de la sociedad y de la del mundo. Estas solas palabras: *Jesucristo ó el Hijo de Dios hecho hombre para salvar al género humano* nos dicen más sobre la justicia, misericordia y sabiduría infinitas de Dios, sobre la inmensa dignidad del alma humana, sobre la inmensidad del mal y sobre la degradación y la rehabilitación de las criaturas, que todos los Profetas antiguos, todas las tradiciones de los pueblos, y todos los libros de los filósofos. ¡Jesucristo! él es el sublime resumen de la historia del mundo. Los cuarenta siglos que preceden á su venida nos conducen á él, y todos los siglos que la siguen se refieren también á él, es decir, á la formación de su cuerpo místico que es la Iglesia. Á esto van coordinados todos los acontecimientos, y todos los pueblos con sus revoluciones gravitan hácia este centro único, como todos los astros hácia el sol. Quien esto ignora, jamás comprenderá una página de la historia, hablo de la historia profana; al contrario, con este dato tan sencillo y elevado se explica todo, el genio se engrandece y fecundiza, y cada pueblo, cada acontecimiento se ve en su destino, y se clasifica según la importancia que tiene en el plan general.

No me asombro ya al oír al grande Apóstol, tan profundamente instruido en todas las cosas, exclamar con santo entusiasmo: *Porque yo no he creído saber algo entre vosotros, sino á Jesucristo, y este crucificado*¹; ni me asombro ya de oír á uno de los genios más brillantes

¹ I Cor. II, 2.

y tal vez la *cabeza mas fuerte* que haya aparecido nunca sobre la tierra, santo Tomás, confesar sin embozo : *Que habia sacado toda su ciencia del pié de su Crucifijo.*

ORACION.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por habernos enviado un Salvador que iluminó nuestra alma con las vivas y seguras luces de la fe. ¡ De cuántos errores nos ha curado, y de cuántos desórdenes nos ha apartado enseñándonos á conoceros, y á conocernos á nosotros mismos y á las criaturas ! Dadnos la gracia de aprovecharnos bien de tantas luces, porque se pedirá mucho á aquel á quien mucho se haya dado.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *escucharé con atencion las lecciones del Catecismo.*

LECCION XII.

DE NUESTRA UNION CON NUESTRO SEÑOR, EL NUEVO ADAN,
POR MEDIO DE LA FE.

Tercer artículo del Símbolo. — Misterio de la Encarnacion. — Divinidad y humanidad de Nuestro Señor : ventaja social de este artículo. — Artículo cuarto del Símbolo. — Misterio de la muerte y pasion. — Actas de Pilatos. — Testimonio de san Justino, de Tertuliano y de Eusebio de Cesarea : ventaja social de este artículo. — Artículo quinto del Símbolo. — Resurreccion : ventaja social de este artículo. — Rasgo histórico.

El artículo tercero del Símbolo está contenido en estas palabras : *Que fué concebido por obra del Espíritu Santo, y nació de la Virgen María, y nos enseña tres grandes verdades.*

La primera, que el Verbo, la segunda persona de la santísima Trinidad, el Hijo único de Dios desde toda la eternidad, fué hecho en el tiempo Hijo de María; de modo que la misma Persona divina, sin dejar de ser Dios, como lo era de toda eternidad, se hizo hombre, lo cual no era antes. Así es como el apóstol san Juan ha explicado este misterio profundo, cuyo conocimiento habia sacado del mismo corazón del Salvador. Despues de haber declarado la naturaleza del Verbo con estas palabras : *En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios*, termina con las siguientes : *Y el Verbo fué hecho carne, y habitó entre nosotros*⁴. De aquí el nombre tan perfectamente justo de *Encarnacion* dado á este misterio por los Doctores de la Iglesia, especialmente por los Padres del primer concilio de Nicea en su Símbolo : *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*. Añadamos que convenia al Hijo encarnarse, para que todas las cosas fuesen restauradas en el cielo y en la tierra por aquel por quien habian sido hechas en el principio.

Qué fué concebido por obra del Espíritu Santo. Estas palabras expresan el modo nuevo y milagroso como se verificó la Encarnacion. El Espíritu Santo, que es la tercera persona de la santísima Trinidad, y un mismo Dios con el Padre y el Hijo, formó con su poder infinito de la purísima sangre de la Virgen el cuerpo admirablemente perfecto de un niño en el seno de María. Al mismo tiempo crió un alma nobilísima, que unió al cuerpo de este niño, y el Verbo divino unió uno y otra á su divinidad, de manera que en un instante Jesucristo fué Dios

⁴ Joan. 1, 14.